1526
Toledo

El tigre americano

Por los alrededores del alcázar de Toledo, el domador pasea al tigre que el rey ha recibido desde el Nuevo Mundo. El domador, lombardo de ancha risa y bigotes en punta, lo lleva de la cuerda, como a un perrito, y el jaguar se desliza por la grava con pasos de algodón.

A Gonzalo Fernández de Oviedo se le hiela la sangre. Desde lejos, grita al guardián que no se fíe, que no dé conversación a bestia fiera, que tales animales no son para entre gentes.

El domador se ríe, suelta el jaguar y le acaricia el lomo. Oviedo alcanza a escuchar el profundo ronroneo. Bien sabe él que ese gruñido entre dientes significa rezo al demonio y amenaza. Un día no lejano, este confiado domador caerá en la emboscada. Tenderá la mano para rascar al tigre y de un veloz zarpazo será engullido. ¿Creerá este infeliz que Dios ha dado al jaguar garras y dientes para que un domador le sirva de comer a horas fijas? Nunca ninguno de su linaje comió llamado con campana a la mesa, ni tuvo otra regla sino devorar. Oviedo mira al sonriente lombardo y ve un montoncito de carne picada entre cuatro cirios.

–¡Cortadle las uñas! –aconseja, yéndose–. ¡Sacadle las uñas de raíz, y todos los dientes y colmillos!

1528
Madrid

Para que abran la bolsa

El frío se cuela por las rendijas y congela la tinta en los tinteros.

Carlos V debe a cada santo una vela. Con dinero de los Welser, banqueros de Augsburgo, ha comprado su corona imperial, ha pagado su boda y ha financiado buena parte de las guerras que le han permitido humillar a Roma, abatir la rebelión de los flamencos y desparramar a la mitad de la nobleza guerrera de Francia en los campos de Pavía.

Al emperador le duelen las muelas mientras firma el decreto que concede a los Welser la exploración, explotación y gobierno de Venezuela.

Durante largos años, Venezuela tendrá gobernadores alemanes. El primero, Ambrosio Alfinger, no dejará indio sin marcar y vender en los mercados de Santa Marta, Jamaica y Santo Domingo, y morirá con la garganta atravesada de un flechazo.

1528
Tumbes

Día de asombros

La expedición al mar del sur descubre por fin una costa limpia de manglares y mosquitos. Francisco Pizarro, que tiene noticia de un pueblo cercano, ordena a un soldado y a un esclavo africano que emprendan la marcha.
El blanco y el negro llegan a Tumbes a través de tierras sembradas y bien regadas por las acequias, sementeras que ellos jamás han visto en América; en Tumbes, gentes que no andan desnudas ni duermen a la intemperie rodean a los recién llegados y les brindan regalos y regocijos. No alcanzan los ojos de Alonso de Molina para medir las planchas de oro y plata que cubren las paredes del templo.
Las gentes de Tumbes están deslumbradas por tantas cosas de otro mundo. Tiran de la barba de Alonso de Molina y le tocan la ropa y el hacha de hierro. Con gestos preguntan qué pide ese monstruo prisionero, de cresta roja, que chilla en la jaula. Alonso lo señala, dice: "Gallo", y ellos aprenden la primera palabra de la lengua de Castilla.
El africano que acompaña al soldado no la está pasando tan bien. A los manotazos se defiende de los indios, que quieren refregarle la piel con mazorcas secas. En un inmenso recipiente, está hirviendo el agua. Van a meterlo allí, para que se despinte.

1528
Isla del Mal Hado

“Gente muy partida de lo que tiene...”

De los navíos que salieron de Sanlúcar de Barrameda rumbo a la Florida, uno fue arrojado por la tempestad sobre las copas de los árboles de Cuba y a los otros los devoró la mar en naufragios sucesivos. No corrieron mejor suerte los barcos que los hombres de Narváez y Cabeza de Vaca improvisaron con camisas a modo de velas y jarcias de crines de caballos.
Los náufragos, desnudos espectros, tiemblan de frío y lloran entre las rocas de la isla del Mal Hado. Llegan unos indios a traerles agua y pescados y raíces y al verlos llorar, lloran con ellos. Lloran los indios a raudales, y cuanto más dura la estrepitosa lloradera, más lástima se tienen los españoles.
Los indios los conducen a su aldea. Para que no los mate el frío, van encendiendo fuegos en los descansos del camino. Entre fogata y fogata los llevan en andas, sin dejarlos poner los pies en el suelo.
Imaginan los españoles que los indios los cortarán en pedazos y los echarán a la olla, pero en la aldea continúan compartiendo con ellos la poca comida que tienen. Cuenta Álvar Núñez Cabeza de Vaca que los indios se escandalizan y se encienden de ira cuando se enteran de que, en la costa, cinco cristianos se comieron los unos a los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese.

1531
Río Orinoco

Diego de Ordaz

Se anda negando el viento y las chalupas remolcan a la nave río arriba. El sol golpea las aguas.
El escudo de armas del capitán luce el cono del volcán Popocatépetl, porque él fue el primero de los españoles que pisó la nieve de la cumbre. Aquel día estuvo tan alto que a través de los torbellinos de ceniza veía las espaldas de las águilas y veía la ciudad de Tenochtitlán temblando en la laguna; pero tuvo que escapar corriendo porque el volcán tronó de furia y le arrojó una lluvia de fuego y piedras y humo negro.
Ahora Diego de Ordaz, hecho una sopa, se pregunta si conducirá este río Orinoco al lugar donde el oro lo espera. Los indios de las aldeas van señalando el oro cada vez más lejos, mientras el capitán espanta mosquitos y avanza, crujiendo, el casco mal cosido de la nave. Los monos protestan y los papagayos, invisibles, gritan fueradeaquí, fueradeaquí, y muchos pájaros sin nombre revolotean entre las orillas cantando nometendrás, nometendrás, nometendrás.

Canción sobre el hombre blanco, del pueblo piaroa

El agua del río está mala.
Se refugian los peces
en lo alto de los arroyos
rojos de fango.
Pasa el hombre con la barba,
el hombre blanco.
Pasa el hombre con la barba
en la gran canoa
de remos chillones
que las serpientes muerden.





1531
Ciudad de México

La Virgen de Guadalupe

Esa luz, ¿sube de la tierra o baja del cielo? ¿Es luciérnaga o lucero? La luz no quiere irse del cerro de Tepeyac y en plena noche persiste y fulgura en las piedras y se enreda en las ramas. Alucinado, iluminado, la vio Juan Diego, indio desnudo: la luz de luces se abrió para él, se rompió en jirones dorados y rojizos y en el centro del resplandor apareció la más lucida y luminosa de las mujeres mexicanas. Estaba vestida de luz la que en lengua náhuatl le dijo: "Yo soy la madre de Dios."

El obispo Zumárraga escucha y desconfía. El obispo es el protector oficial de los indios, designado por el emperador, y también el guardián del hierro que marca en la cara de los indios el nombre de sus dueños. El arrojó a la hoguera los códices aztecas, papeles pintados por la mano del Demonio, y aniquiló quinientos templos y veinte mil ídolos. Bien sabe el obispo Zumárraga que en lo alto del cerro de Tepeyac tenía su santuario la diosa de la tierra, Tonantzin, y que allí marchaban los indios en peregrinación a rendir culto a nuestra madre, como llamaban a esa mujer vestida de serpientes y corazones y manos.

El obispo desconfía y decide que el indio Juan Diego ha visto a la Virgen de Guadalupe. La Virgen nacida en Extremadura, morena por los soles de España, se ha venido al valle de los aztecas para ser la madre de los vencidos.

1531
Santo Domingo

Una carta

Se estruja las sienes persiguiendo las palabras que asoman y huyen: No miren a mi bajeza de ser y rudeza de decir, suplica, sino a la voluntad con que a decirlo soy movido.
Fray Bartolomé de Las Casas escribe al Consejo de Indias. Más hubiera valido a los indios, sostiene, irse al infierno con su infidelidad, su poco a poco y a solas, que ser salvados por los cristianos. Ya llegan al cielo los alaridos de tanta sangre humana derramada: los quemados vivos, asados en parrillas, echados a perros bravos...
Se levanta, camina. Entre nubes de polvo flamea el hábito blanco.
Después se sienta al borde de la silla de tachuelas. Con la pluma de ave se rasca la larga nariz. La mano huesuda escribe. Para que en América se salven los indios y se cumpla la ley de Dios, propone fray Bartolomé que la cruz mande a la espada. Que se sometan las guarniciones a los obispos; y que se envíen colonos para cultivar la tierra al abrigo de las plazas fuertes. Los colonos, dice, podrían llevar esclavos negros o moros o de otra suerte, para servirse, o vivir por sus manos, o de otra manera que no fuese en perjuicio de los indios...

1531
Isla Serrana

El náufrago y el otro

Un viento de sal y de sol castiga a Pedro Serrano, que deambula desnudo por el acantilado. Los alcatraces revolotean persiguiéndolo. Con una mano a modo de visera, él tiene los ojos puestos en el territorio enemigo.
Baja hasta la ensenada y camina por la arena. Al llegar a la línea de la frontera, mea. No pisa la línea, pero sabe que si el otro está mirando desde algún escondite, llegará de un salto a pedir cuentas por este acto de provocación.
Mea y espera. Los pajarracos chillan y huyen. ¿Dónde se habrá metido? El cielo es un resplandor blanco, luz de cal, y la isla una piedra incandescente; blancas rocas, sombras blancas, espuma sobre la blanca arena: un mundito de sal y de cal. ¿Dónde se habrá metido este canalla?
Hace mucho tiempo que el barco de Pedro se partió en pedazos, aquella noche de tormenta, y el pelo y la barba ya le llegaban al pecho cuando apareció el otro, montado en un madero que la marea rabiosa arrojó a la costa. Pedro le escurrió el agua de los pulmones, le dio de comer y de beber y le enseñó a no morir en esta islita desierta, donde sólo crecen las rocas. Le enseñó a dar vuelta las tortugas y a degollarlas de un tajo, a cortar la carne en lonjas para secarla al sol y a recoger el agua de la lluvia en los

carapachos. Le enseñó a rezar por lluvia y a capturar almejas bajo la arena, le mostró las guaridas de los cangrejos y los camarones y lo convidó con huevos de tortuga y con ostras que la mar traía pegadas a los gajos de los mangles. El otro supo, por Pedro, que era preciso recoger todo lo que la mar entregara en los arrecifes, para que noche y día ardiera la fogata, alimentada por algas secas, sargazos, ramas perdidas, estrellas de mar y huesos de pescado. Pedro lo ayudó a levantar un cobertizo de caparazones de tortuga, un pedacito de sombra contra el sol, a falta de árboles.

La primera guerra fue la guerra del agua. Pedro sospechó que el otro robaba mientras él dormía, y el otro lo acusó de beber buches de bestia. Cuando el agua se agotó, y se derramaron las últimas gotas disputadas a puñetazos, no tuvieron más remedio que beber cada cual su propia orina y la sangre que arrancaron a la única tortuga que se dejó ver. Después se tendieron a morir a la sombra, y no les quedaba saliva más que para insultarse bajito.

Finalmente la lluvia los salvó. El otro opinó que Pedro bien pudiera reducir a la mitad la techumbre de su casa, ya que tanto escaseaban los carapachos:

–Tu casa es un palacio de carey –dijo– y en la mía, paso el día torcido.

–Me cago en Dios –dijo Pedro– y en la madre que te ha parío. Si no te gusta mi isla, ¡vete! –y con un dedo señaló la vasta mar.

Resolvieron dividir el agua. Desde entonces hay un depósito de lluvia en cada punta de la isla.

La segunda fue la guerra del fuego. Se turnaban para cuidar la hoguera, por si algún navío pasaba a lo lejos. Una noche, estando el otro de guardia, la hoguera se apagó. Pedro lo despertó con maldiciones y sacudones.

–Si la isla es tuya, ocúpate tú, cabrón –dijo el otro, y mostró los dientes.

Rodaron por la arena. Cuando se hartaron de golpearse, resolvieron que cada cual encendería su propio fuego. El cuchillo de Pedro azotó la piedra hasta arrancarle chispas; y desde entonces hay una fogata en cada punta de la isla.

La tercera fue la guerra del cuchillo. El otro no tenía con qué cortar y Pedro exigía un pago en camarones frescos cada vez que prestaba el filo.

Estallaron después la guerra de la comida y la guerra de los collares de caracoles.

Cuando acabó la última, que fue a pedradas, firmaron un armisticio y un tratado de límites. No hubo documento, porque en esta desolación no se encuentra ni una hoja de cupey para dibujar un garabato, y además ninguno sabe firmar; pero trazaron una frontera y juraron respetarla por Dios y por el rey. Echaron al aire una vértebra de pescado. A Pedro le tocó la mitad de la isla que mira a Cartagena. Al otro, la que mira a Santiago de Cuba.

Y ahora, de pie ante la frontera, Pedro se muerde las uñas, alza la vista al cielo, como buscando lluvia, y piensa: "Ha de estar escondido en algún recoveco. Le siento el olor. Roñoso. En medio del mar y jamás se baña. Prefiere freírse en su aceite. Por ahí anda, sí, escurriendo el bulto."

–¡Eh, miserable! –llama.

Le responden el trueno del oleaje y el alboroto de las aves y las voces del viento.

"¡Ingrato!", grita, "¡Hideputa!", grita, y grita hasta romperse la garganta, y corre y recorre la isla de punta a punta, al revés y al derecho, solo y desnudo en la arena sin nadie.

1532
Cajamarca

Pizarro

Mil hombres van barriendo el camino del Inca hacia la vasta plaza donde aguardan, escondidos, los españoles. La multitud tiembla al paso del Padre Amado, el Solo, el Único, el dueño de los trabajos y las fiestas; callan los que cantan y se detienen los que danzan. A la poca luz, la última del día, relampaguean de oro y plata las coronas y las vestiduras de Atahualpa y su cortejo de señores del reino. ¿Dónde están los dioses traídos por el viento? El Inca llega al centro de la plaza y ordena esperar. Hace unos días, un espía se metió en el campamento de los invasores, les tironeó las barbas y volvió diciendo que no eran más que un puñado de ladrones salidos de la mar. Esa blasfemia le costó la vida. ¿Dónde están los hijos de Wiracocha, que llevan estrellas en los talones y descargan truenos que provocan el estupor, la estampida y la muerte?

El sacerdote Vicente de Valverde emerge de las sombras y sale al encuentro de Atahualpa. Con una mano alza la Biblia y con la otra un crucifijo, como conjurando una tormenta en alta mar, y grita que aquí está Dios, el verdadero, y que todo lo demás es burla. El intérprete traduce y Atahualpa, en lo alto de la muchedumbre, pregunta:

–¿Quién te lo dijo?

–Lo dice la Biblia, el libro sagrado.

–Dámela, para que me lo diga.

A pocos pasos, detrás de una pared, Francisco Pizarro desenvaina la espada.

Atahualpa mira la Biblia, le da vueltas en la mano, la sacude para que suene y se la aprieta contra el oído:

–No dice nada. Está vacía.

Y la deja caer.

Pizarro espera este momento desde el día en que se hincó ante el emperador Carlos V, le describió el reino grande como Europa que había descubierto y se proponía conquistar y le prometió el más espléndido tesoro de la historia de la humanidad. Y desde antes: desde el día en que su espada trazó una raya en la arena y unos pocos soldados muertos de hambre, hinchados por las plagas, juraron acompañarlo hasta el final. Y desde antes aún, desde mucho antes: Pizarro espera este momento desde que hace cincuenta y cuatro años fue arrojado a la puerta de una iglesia de Extremadura y bebió leche de puerca por no hallarse quién le diera de mamar.

Pizarro grita y se abalanza. A la señal, se abre la trampa. Suenan las trompetas, carga la caballería y estallan los arcabuces, desde la empalizada, sobre el gentío perplejo y sin armas.



1533
Cajamarca

El rescate

Para comprar la vida de Atahualpa, acuden la plata y el oro. Hormiguean por los cuatro caminos del imperio las largas hileras de llamas y las muchedumbres de espaldas cargadas. El más espléndido botín viene del Cuzco: un jardín entero, árboles y flores de oro macizo y pedrerías, en tamaño natural, y pájaros y animales de pura plata y turquesa y lapislázuli.
El horno recibe dioses y adornos y vomita barras de oro y de plata.
Jefes y soldados exigen a gritos el reparto. Hace seis años que no cobran.
De cada cinco lingotes, Francisco Pizarro separa uno para el rey. Luego se persigna. Pide el auxilio de Dios, que todo lo sabe, para guardar justicia; y pide el auxilio de Hernando de Soto, que sabe leer, para vigilar al escribano.
Adjudica una parte a la Iglesia y otra al vicario del ejército. Recompensa largamente a sus hermanos y a los demás capitanes. Cada soldado raso recibe más de lo que el príncipe Felipe cobra en un año y Pizarro se convierte en el hombre más rico del mundo. El cazador de Atahualpa se otorga a sí mismo el doble de lo que en un año gasta la corte de Carlos V con sus seiscientos criados –sin contar la litera del Inca, ochenta y tres kilos de oro puro, que es su trofeo de general–.

1533
Cajamarca

Atahualpa

Un arcoiris negro atravesó el cielo. El Inca Atahualpa no quiso creer.
En los días de la fiesta del sol, un cóndor se desplomó sin vida en la Plaza de la Alegría. Atahualpa no quiso creer.
Enviaba al muere a los mensajeros que traían malas noticias y de un hachazo cortó la cabeza del viejo profeta que le anunció desgracia. Hizo quemar la casa del oráculo y los testigos de la profecía fueron pasados a cuchillo.
Atahualpa mandó amarrar a los ochenta hijos de su hermano Huáscar en los postes del camino y los buitres se hartaron de esa carne. Las mujeres de Huáscar tiñeron de sangre las aguas del río Andamarca. Huáscar, prisionero de Atahualpa, comió mierda humana y meada de carnero y tuvo por mujer una piedra vestida. Después Huáscar dijo, y fue lo último que dijo: "Ya lo matarán como él me mata". Y Atahualpa no quiso creer.
Cuando su palacio se convirtió en su cárcel, no quiso creer. Atahualpa, prisionero de Pizarro, dijo: "Soy el más grande de los príncipes sobre la Tierra". El rescate llenó de oro una habitación y de plata dos habitaciones. Los invasores fundieron hasta la cuna de oro donde Atahualpa había escuchado la primera canción.
Sentado en el trono de Atahualpa, Pizarro le anunció que había resuelto confirmar su sentencia de muerte. Atahualpa contestó:
–No me digas esas burlas.
Tampoco quiere creer, ahora, mientras paso a paso sube las escalinatas, arrastrando cadenas, en la luz lechosa de la madrugada.
Pronto la noticia se difundirá entre los incontables hijos de la tierra que deben obediencia y tributo al hijo del sol. En Quito llorarán la muerte de la sombra que protege: perplejos, extraviados, negada la memoria, solos. En el Cuzco habrá júbilo y borracheras.
Atahualpa está atado de manos, pies y pescuezo, pero todavía piensa: ¿Qué hice yo para merecer la muerte?
Al pie del patíbulo, se niega a creer que ha sido derrotado por los hombres. Solamente los dioses podrían. Su padre, el sol, lo ha traicionado.
Antes de que el torniquete de hierro le rompa la nuca, llora, besa la cruz y acepta que lo bauticen con otro nombre. Diciendo llamarse Francisco, que es el nombre de su vencedor, golpea a las puertas del Paraíso de los europeos, donde no hay sitio reservado para él.

1533
Xaquixaguana

El secreto

Pizarro marcha rumbo al Cuzco. Encabeza, ahora, un gran ejército. Manco Cápac, nuevo rey de los incas, ha sumado miles de indios al puñado de conquistadores.

Pero los generales de Atahualpa hostigan el avance. En el valle de Xaquixaguana, Pizarro atrapa a un mensajero de sus enemigos.

El fuego lame las plantas de los pies del preso.

–¿Qué dice ese mensaje?

El chasqui es hombre curtido en trotes de nunca acabar a través de los vientos helados de la puna y los ardores del desierto. El oficio lo tiene acostumbrado al dolor y a la fatiga. Aúlla, pero calla.

Después de muy largo tormento, suelta la lengua:

–Que los caballos no podrán subir las montañas.

–¿Qué más?

–Que no hay que tener miedo. Que los caballos espantan, pero no hacen mal.

–¿Y qué más?

Lo hacen pisar el fuego.

–¿Y qué más?

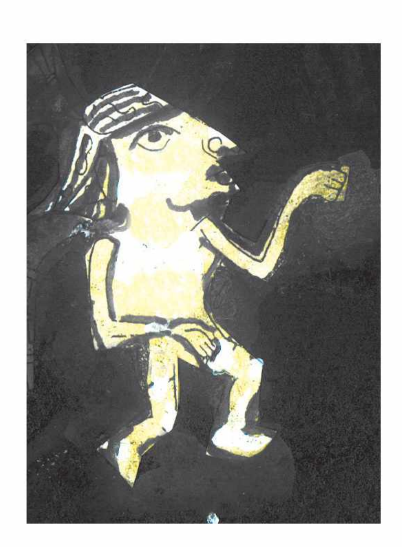
Ha perdido los pies. Antes de perder la vida, dice:

–Que ustedes también mueren.

1533
Cuzco

Entran los conquistadores en la ciudad sagrada

En el radiante mediodía, a través de la humareda se abren paso los soldados. Un olor a cuero mojado se alza y se mezcla con el olor de la quemazón, mientras resuena un estrépito de cascos de caballos y ruedas de cañones.
Nace un altar en la plaza. Los pendones de seda, bordados de águilas, escoltan al dios nuevo, que tiene los brazos abiertos y usa barba como sus hijos.
¿No está viendo el dios nuevo que sus hijos se abalanzan, hacha en mano, sobre el oro de los templos y las tumbas?
Entre las piedras del Cuzco, tiznadas por el incendio, los viejos y los paralíticos aguardan, mudos, los días por venir.



1533
Riobamba

Alvarado

Hace medio año, las naves desembarcaron en Puerto Viejo.

Llamado por las promesas de un reino virgen, Pedro de Alvarado había salido de Guatemala. Lo seguían quinientos españoles y dos mil esclavos indios y negros. Los mensajeros le habían dicho:

–El poder que te espera humilla al que conoces. Al norte de Tumbes, multiplicarás la fama y la riqueza. Del sur, Pizarro y Almagro ya son dueños, pero el fabuloso reino de Quito a nadie pertenece.

En los pueblos de la costa, encontraron oro, plata y esmeraldas. Cargados de rápidas fortunas, emprendieron la marcha hacia la cordillera. Atravesaron la selva, las ciénagas, las fiebres que matan en un día o dejan loco y las aterradoras lluvias de cenizas de volcán. En los páramos de los Andes, los vientos cuchilleros y las tormentas de nieve rompieron en pedazos los cuerpos de los esclavos, ignorantes del frío, y los huesos de muchos españoles se incorporaron a las montañas. Quedaron por siempre helados los soldados que se bajaron a apretar las cinchas de los caballos. Los tesoros fueron arrojados al fondo de los abismos: Alvarado ofrecía oro y los soldados clamaban por comida y abrigo. Quemados los ojos por los resplandores de la nieve, Alvarado continuó avanzando, a los tumbos, y a golpes de espada iba cortando las cabezas de los esclavos que caían y los soldados que se arrepentían. Casi difuntos, músculos de hielo, congelada la sangre, los más duros han logrado llegar a la meseta. Hoy alcanzan, por fin, el camino real de los incas, el que conduce a Quito, al paraíso. No bien llegan, descubren en el barro las huellas frescas de las herraduras de los caballos. El capitán Benalcázar les ha ganado de mano.